

Los prejuicios sociales y la mala distribución de la riqueza hacen que entre nosotros no exista civilización. En México, en la Argentina y en Chile una cuantas familias son dueñas de toda la tierra y no la cultivan más que en parte y mantienen a sus colonos o arrendatarios en estado de vasallaje feudal. Probablemente lo mismo pasa en Colombia y en Perú y en todas partes. Hay que dividir la tierra para que todos tengan patria. El progreso demanda que se desenvaine la espada de Cristo contra todos los enemigos del bienestar general de los hombres. Y la juventud está en el deber de proclamarse aliada de Cristo. Para los jóvenes no puede haber dos partidos, para los jóvenes no hay más que un partido, el avanzado. Los jóvenes que no sienten el impulso de la reivindicación generosa e inmediata,

no fundan patria ni conquistan gloria. Si son mediecos podrán gozar del mundo, pero llegarán al cielo sin una noble angustia, sin un ideal hecho pedazos. Nada importa, pues, el éxito inmediato, los tiempos son de lucha y los jóvenes colombianos no están solos en la cruzada moderna. Yo he visto la multitud estudiantil argentina en la Plata y en Córdoba proclamando libertad y justicia. Yo he oído los gritos ásperos, de noble afán contenido, de la juventud chilena; y los brasileros y los mexicanos y todos estamos unidos en el mismo empeño de mejorar la condición humana y el día que todos estos propósitos en manos de ustedes se vuelvan acción, el pasado se derrumbará para siempre.

Quedo de usted afectísimo amigo y atento seguro servidor,

JOSÉ VASCONCELOS

El Presidente Obregón y la situación de Mexico

Impresión personal del mandatario mexicano.—El hombre que acabó con la anarquía de su país.—La Reforma Agraria.—La Reforma Educacional.—La cuestión del Petróleo.—Hispanoamericanismo.

EL General Obregón es varón de 40 años; tiene una fisonomía muy enérgica y da la impresión de un hombre fuerte a pesar de su brazo mutilado en el que lleva como el recuerdo lacerante de la revolución a la cual ha dado su propia sangre. Los ojos claros, llenos de inteligencia y vivacidad y la sonrisa franca quitan dureza a la fisonomía. Su palabra es fácil, sobria y tranquila. Expresa su pensamiento sin ambigüedad alguna, sin esconder sus convicciones, netas como las líneas de su semblante. Viste con una sencillez que llamaremos de presidente norteamericano porque en los de nuestra América, especialmente en los generales, no abunda esta virtud externa. Una ironía sana matiza su conversación, ironía muy de su raza, pero que está llena de cordialidad. En ningún momento de su charla aparece en el Presidente aquel General sin cultura y lleno de vanidad grotesca que Blasco Ibáñez inventó en su libro unilateral y sin hidalguía sobre México, obra—dicho sea de paso—, de sensacionalismo, hábilmente destinada al público de Nueva York, documentada en dos meses de residencia en la capital de un vasto país y en días desgraciados de gran agitación.

La cultura universitaria que el Presidente no adquirió, está reemplazada

con creces por un sagaz espíritu intuitivo que le reconocen cuantos le tratan. Su caso es común en esta raza que Jacinto Benavente ha llamado la más inteligente de la América Española.

Su conversación sólo puede decepcionar a los extranjeros a quienes gusta hacer de la política un abanico de pavo real con metáforas tropicales y a los diplomáticos habituados a los Presidentes que no dicen nada, que esquivan todo concepto claro por una prudencia que linda con la cobardía o la estulticia. Hasta los norteamericanos que le tratan, cuando pueden hablar libres de la presión de su gobierno, declaran que les ha dejado una impresión de profunda honradez y de viril franqueza.

En su carácter dominan esa sinceridad y una energía a la cual debe México dos años de paz y del trabajo de reconstrucción más intenso y más violento que es dable concebir.

Lo que significa para el país la mano vigorosa de este hombre quebrantando la anarquía hasta las vértebras, buscando el orden para dignificar a México ante el extranjero y dar descanso a su raza dolorida y fatigada, es mucho, es tanto que si no hubiese hecho otra cosa en su gobierno que obtener esta tregua salvadora, tendría derecho por ese sólo

título a la gratitud de sus gentes y a la consideración de los demás pueblos.

Pero ha hecho mucho más: ha iniciado en la América Nuestra la reforma agraria, que pasará seguramente a los otros países, depurándose de sus errores parciales, y ha hecho la reforma educacional más grande que ve nuestra raza desde los tiempos del gran Sarmiento hasta la fecha. Estima él que el problema de su país se resuelve con la cultura de sus doce millones de indígenas y con el mejoramiento material de los mismos. Piensa que la pequeña propiedad hará sentir al indio *la patria hecha madre de verdad*; el trabajo próspero le traerá el amor de la paz; quedará el indio incorporado con la pureza del sufragio a la vida política y con la posesión de la parcela de tierra, hará suyos los intereses económicos de la nación. Los Gobiernos españoles primero y los nacionales después, nunca procuraron *transformar al indio en ciudadano*; se perdieron así para esta labor de enorme urgencia cuatro siglos y en las reformas que ahora se verifican tiene que haber ese apresuramiento febril con que se realiza toda labor descuidada y que es cosa vital para un pueblo.

Por otra parte, en las exigencias de campesinos y obreros mexicanos sólo se ha vuelto más agudo el caso que hemos visto desarrollarse en Europa después de la gran guerra: los hombres que han peleado largos años, que han vivido el infierno de no tener hogar, de entregarlo todo, salud, familia, bienestar, a la lucha atroz, vuelven de los campamentos exigiendo, ya no justicia parcial, sino total; ya no reformas lentas, sino inmediatas.

Cuatro años de la guerra europea realizaron esta mudanza en los espíritus; diez años de revolución mexicana no han podido hacer menos. No hay sino aceptar los hechos consumados que son de una lógica absoluta y humana.

La cuestión agraria no había sido en nuestros países afrontada todavía; a México le ha correspondido el duro destino de empezar. Es tremendo aunque sea glorioso este privilegio de comenzar sin que pueda aprovecharse del tesoro de la experiencia ajena. La única que hay en esta cuestión es la europea y nunca nos cansaremos de decir que la experiencia de Europa rara vez sirve para la América, por tratarse de campos radicalmente diversos. Con la reforma agraria no sólo buscan los hombres de la revolución mexicana el cumplimiento de las promesas democráticas hechas al pueblo; buscan algo más: la mayor producción que es en todas partes el resultado de la división de la tierra; todavía esto no se alcanza en México, es verdad,